

La ley de los sueños

www.elboomeran.com

Peter Behrens

La ley de los sueños

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:
The Law of Dreams
Steerforth Press
Hanover, New Hampshire, 2006

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Sheila Rock / Photographer's Gallery London

Primera edición: abril 2009

- © De la traducción, Jaime Zulaika, 2009
- © Peter Behrens, 2006
- © EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7508-9
Depósito Legal: B. 7260-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Basha Burwell

De nuevo, viajero, has recorrido un largo camino guiado por esta estrella.
Pero el reino del deseo está en el otro extremo de la noche.
Que tengas un buen viaje, compañero: viajemos alegremente juntos,
viviendo de la catástrofe, comiendo la luz pura.

THOMAS MCGRATH, «Epitaph»

Éist le fuaim na habhainn, mar gheobhiadh tú bradán.
Si quieres pescar un salmón, escucha al río.

PRÓLOGO: EL GRANJERO INGLÉS, PERPLEJO

Por el camino de Scariff, rumbo a casa, al noreste, el granjero Carmichael cabalga a su vieja yegua taheña entre las ruinas de Irlanda. Las cabañas, sin tejado, han sido abandonadas. Encuentra en una encrucijada a una familia desalojada y da un penique a la mujer, que le bendice, mientras sus hijos le miran fijamente y su marido, un hombretón, se acuclilla en la orilla herbosa, con la cabeza hundida entre las rodillas.

Cruje la silla, faltan aún cuatro millas hasta la granja y Carmichael avanza por un camino recto y bien hecho, con la presión del tiempo cambiante zumbando en los oídos y la vieja yegua entre las piernas, sólida y viva.

Owen Carmichael es un hombre delgado pero bien proporcionado. Todos sus miembros encajan admirablemente. Lleva un sombrero de paja atado con una cinta debajo de la barbilla, una chaqueta negra, de un violeta desgastado, y botas que en otro tiempo pertenecieron a su padre. Su ropa de ciudad está en un pulcro atadillo detrás de la silla. Al mirar arriba ve las nubes que empañan el cielo, pero camino adelante el aire es templado, sopla una brisa ligera del oeste y no ha llovido desde que se puso en marcha esta mañana. Mira a menudo el cielo. Da una visión de limpieza, de posibilidad, de paz eterna.

Baja la mirada al percibir un balanceo en el paso de la ye-

gua. Más allá ve un montículo de harapos en medio del camino.

La yegua es la primera que nota el hedor, empieza a bufar y a relinchar, y después Carmichael huele la muerte, agria y flagrante en el viento ligero.

Suelta la rienda y espolea con los tacones a la yegua, que inicia un medio galope regular y resuelto. La obliga a sortear ampliamente el montículo de trapos que aletean. Hay un antebrazo blanco, rígido y vertical, y un puño y en él un cuervo posado audazmente. Más pájaros brincan, furtivos, en la cuneta herbo-sa... Si tuviera un látigo los espantaría con un restallido...

El hedor se evapora con el viento en contra. Carmichael detiene a la yegua y descabalga. Agarrando las riendas con una mano, se agacha para coger una piedra. Apunta y se la lanza al cuervo, pero el proyectil falla el blanco y resuena contra el pavimento de grava. El pájaro vacila y después alza el vuelo, con un graznido perezoso, y traza círculos sobre el cadáver y Carmichael.

Deprimido, inquieto, Carmichael vuelve a montar y prosigue su camino a casa.

Ha estado en Ennis para ver al agente que lleva los asuntos del terrateniente, el sexto conde. Al recordar la entrevista se pone tenso. Odia todo esto: las puntillosas transacciones de las cuestiones jurídicas, los ritos del arrendamiento, el pago del alquiler, el olor muerto de la tinta.

Él es un hombre de campo, un hombre hecho para el olor de un cultivo y el cielo prometedor. Tiene las manos para la yegua taheña, un animal voluntarioso. Pagó demasiado por ella, veinticinco libras, pero fue hace mucho tiempo, y ya se ha perdonado la deuda.

Se alegra de haber abandonado Ennis, esas calles espantosas, sembradas de mendigos. Hombres feroces y mujeres apáticas guarecidas debajo de cada saliente de establo, aferrando a niños con aspecto crudo, recién pelados.

La muerte súbita del quinto conde, en Italia, de cólera, ha

revelado engorros y desidia, fruto de una vida disoluta. Ahora los asuntos del heredero aún niño se están reorganizando con arreglo a principios sumamente eficientes.

–Carne, no trigo. Buey y cordero son lo que dan beneficios –le había explicado el agente–. Esa parcela montañosa suya... es estupenda para las ovejas.

Se estaban importando rebaños de ovejas y vacas escocesas.

–Tengo allí dieciséis familias de aparceros –protestó Carmichael.

–Demasiados. No hay trabajo para todos.

–No –admitió Carmichael.

–Deshágase de ellos –dijo el agente, enérgicamente–. Éche-los. Esa parcela tiene que ser de pasto. Tendrá que darle ese uso si quiere pagar el arriendo. Tenga el acuerdo que tenga con los aparceros, no les da derecho ni propiedad. Sólo necesita a los peones una o dos semanas al año. Contrate a jornaleros y que no se instalen. Tendrá que echarlos.

Carmichael se ha pasado la vida observando y persuadiendo a gente montaraz y la conoce. Los campesinos son pacíficos, de hecho son indolentes, siempre que tengan su parcela, su cabaña confortable, su fuego de turba. Procrean como conejos y se contentan con muy poca cosa, pero si les tocas su tierra, si intentas echarlos, se desesperan y se vuelven feroces.

–Si los echo se morirán de hambre.

–¡Y si hay añublo se morirán también, señor! ¡La única diferencia será que usted se morirá con ellos, porque estará pagando el impuesto de los pobres a cada cristiano! No, no, líbrese de ese estorbo. Hay militares en este país, gracias a Dios. Si los *whiteboys*¹ causan problemas les mandaremos un pelotón de

1. Organización de católicos pobres fundada en Irlanda hacia 1760, con la clara intención de oponerse al pago de diezmos. Se les llamó así («chicos blancos») por las camisas blancas que llevaban en sus correrías nocturnas. (N. del T.)

soldados. Tiene que cebar ovejas, no personas. El cordero vale un buen dinero. Hay demanda de cordero, escasez de cordero. De irlandeses hay excedentes.

Un reloj de latón sonaba en la repisa de la chimenea. No habían barrido de la rejilla las cenizas de la noche anterior. El agente se había disculpado previamente ante Carmichael por tomar su almuerzo de pan y queso. Migas de pan de trigo encima de su escritorio. Un cubo de queso amarillo ceroso.

Los soldados no servían. No eran protección para una granja solitaria.

—Quiquiera que les eche, a gente como ellos, gente del monte o de cabaña, se expone a que le maten —se oyó decir Carmichael.

¿Tenía miedo? El miedo también había sido su acicate, una espuela. Siempre se había lanzado apasionadamente contra lo que más temía.

—Vaya —dijo el agente, arrastrando las palabras—. Suponía que estaría ansioso de incorporar el monte a su...

—Es una ciénaga —dijo Carmichael, bruscamente—. Sólo vale para los montunos y sus patatas.

No era miedo, no. No tenía miedo de los *whiteboys* ni de las atrocidades. Lo que sentía era una sensación de impotencia. Eran demasiados. Él siempre había sido demasiado generoso, les había hecho, al igual que su padre anteriormente, demasiadas concesiones sobre hectáreas de trigo. Ahora había docenas de salvajes viviendo allí arriba, hacia Cappaghbaun, asentados en las partes montañosas de la granja que habían invadido. Habían arraigado como cardos en aquella tierra.

—Ovejas —dijo el agente—. Vacas escocesas y ovejas.

—No puedo echarles.

A Carmichael le repugnó la debilidad que percibió en su propia voz. Le recordaron las súplicas diversas y mendicantes de sus aparceros.

—¿Hay una plaga de añublo en su comarca? —preguntó el agente—. He oído que sí. ¿Mi información es correcta?

–En los montes todavía no han recogido la cosecha. Así que es aún pronto para saberlo.

–Pero sí hay una plaga por la zona de Scariff, ¿no? En las tierras ribereñas, ¿no? ¿Hojas negras?

–Sí.

Las había visto aquella mañana.

–Entonces llegará a los montes –declaró el agente, complacido–. No hay manera de evitarlo. Sin patatas, si se demoran se morirán de hambre. Le digo que de un modo u otro se librarán de ellos. La sobrepoblación, señor, es la fatalidad de este país.

Y es cierto.

Otra milla más cerca de su casa y Carmichael se encuentra cabalgando junto a un campo de nabos. No hay hombres a la vista, pero sí unas mujeres con capas y niños desnudos desperdigadas por el campo como una bandada de aves marinas desviadas de su derrotero por el viento.

Owen Carmichael trata de fijar la mirada en la calzada recta y bien trazada. Aprieta las rodillas y se las clava a la yegua para que aligere el paso. Sin duda llegará a su casa a tiempo para la cena. Después inspeccionará los trigales tempranos para determinar si la cosecha está madura.

Unas mujeres, cerca del camino, dejan de escarbar y se incorporan para mirarle.

No tiene monedas y no puede gastar el impuesto de los pobres en indigentes que se reproducen como conejos e invaden su granja. No, es imposible.

Echarles, echarles.

La voz del agente, llana como papel: «Cualquier inversión, señor Carmichael, tiene que tener un porcentaje de beneficio.»

Una mujer le llama en una lengua que Owen Carmichael ha oído toda su vida pero que no comprende. En vez de ignorarla, comete el error de volver la cabeza y al instante hay una docena o más de pobres acercándose por el camino, una marea de mu-

jeros con barro gris en las piernas y en los brazos niños desnudos que chillan de hambre.

Aquella noche, al inspeccionar su campo de trigo madurando, corta un tallo, lo estruja para que los granos caigan en su palma y prueba uno con la lengua. Lo parte entre los dientes.

Después abre la mano.

Los pálidos granos son ligeros y están secos, totalmente maduros, y casi no pesan.

En un segundo, una ráfaga de viento se los ha llevado.

Primera parte

El monte y la granja

IRLANDA, 1846

DOLOR COMESTIBLE

Salía a hurtadillas de la cabaña antes de que los demás se despertaran y bajaba el monte con la esperanza de verla. Acompañado de su perra, bajaba la cuesta resbaladiza y brumosa, orillaba el río y cruzaba los prados de Carmichael. Sus pies rozaban la hierba fría, plateada y húmeda. Soltaba la correa de paja de la perra enloquecida y la dejaba olfatear debajo de los setos, en madrigueras secas, moviendo el rabo.

Al acercarse a la granja de Carmichael, sobrepasaban el fértil montículo negro de estiércol y el halcón de piedra, rebosante de heno.

Muros de piedra de casi dos metros de alto rodeaban la granja: muros construidos para resistir; para la guerra. La única entrada era una verja de hierro.

El patio era de piedra azul. Siempre había desconfiado de la extraña firmeza de la piedra en sus talones. Y de la granja adusta y encalada que le miraba con tanta acritud: la cara encalada de la indiferencia.

Siempre se había sentido incompleto allí. Había intentado convencerse de que no, pero ¿por qué, entonces, la lucha constante consigo mismo, el hormigueo de pensamientos en su cabeza que huían como palomas de una percha y aleteaban y se arrullaban, en plena confusión?

Iba allí con la esperanza de captar un atisbo de Phoebe Carmichael en la luz acerada de la mañana, con la lechera en la mano.

Su antigua compañera de juegos. La conocía de toda la vida, como conocía a todo el mundo.

Al verle esperando en la puerta, ella le había ofrecido leche.

—No la encontrarás más fresca.

—No, señorita.

Amaba los estrechos pies rosados de Phoebe sobre las piedras azules. Sus antebrazos desnudos y la tela limpia de su vestido y su delantal.

Era la única fémina de los Carmichael. Su madre, tísica, había muerto a los veintinueve años y estaba enterrada en el patio de la iglesia presbiteriana de Mountshannon.

Phoebe posó el cubo en los adoquines, sacó de un bolsillo del delantal una taza azul de porcelana y se la tendió.

Después de hundir la taza y de levantarla hacia los labios, él hizo una pausa antes de probar la leche.

—¿No la prueba usted, señorita?

—No, yo no, Fergus. Pero tú bebe.

La leche olía dulzونا y turbia. Se la bebió en dos tragos, caliente y con una nata espesa que le envolvió los dientes.

—Gracias, señorita.

—No hay de qué.

Y cada noche se quedaba desvelado en la cabaña del monte, escuchando la respiración de sus padres. Phoebe se convirtió en un ascua que ardía brillante en sus pensamientos. ¿Sentiría ella lo mismo que él? ¿Permanecía despierta en la casa de su padre, estremecida por el trastorno, ansiosa de un tirón en la caliente cuerda roja que les conectaba?

Siempre había vivido en el monte, su familia era arrendataria de Carmichael.

Carmichael el granjero tenía una yegua taheña. Se llamaba

Sally. La había comprado para cazar en una época en que los granjeros fuertes de la comarca se encapricharon con la caza y compartían los gastos de una jauría.

Era una yegua rojiza, con las crines negras. No era alta, pero tenía el pecho profundo, fuerte. Muy fogosa.

El primer Carmichael del país había sido un soldado sanguinario. Protestantes, de habla inglesa, los Carmichael tenían la granja como arrendatarios del conde de Liskerry, el gran hacendado, *tiarna mór*. Nadie había visto nunca al *tiarna mór*, de quien decían que poseía tierras en todo el país y vivía en Roma. Los subarrendadores de Carmichael vivían en el monte, cada familia con su cabaña, su cerdo, su parcela de patatas. A cambio, la gente de las cabañas debía al granjero cierta cantidad de trabajo. Cuando trabajaban en la cosecha de sus campos, muchas veces se paraban a mirar a la rojiza Sally en el pequeño prado donde pastaba. Algunos odiaban a la gran yegua y otros sentían un orgullo de parientes. Se decían que Sally era sin duda la mejor saltadora del país.

Qué sexuales y desenvueltos eran sus correteos en aquel pequeño campo.

A Fergus le encantaba Sally. Solía colarse en el establo de Carmichael, subirse al pesebre de la yegua y sentársele encima. Nunca le habían pillado allí. El establo —impregnado de olores a heno viejo, aceite hecho con huesos de ganado, trigo— ofrecía resguardo. Era más caliente y más seco que cualquier cabaña del monte. Se quedaba sentado a lomos de la yegua una o dos horas, con las piernas bien abiertas y acariciando con los dedos las crines tiesas.

Hasta los quince años no se atrevió a montarla. Hasta entonces no había sentido la necesidad de dominar a alguien. Sentarse encima en secreto: con esto le bastaba. Pero una tarde en que estaba tumbado en la hierba, con la cabeza apoyada en un codo, observando pastar al magnífico animal —que tenía los bellos separados, las encías azules y mascaba briznas de hierba con

sus dientes amarillos—, de repente sintió que debía subirse encima y montarla.

Fue un impulso repentino, como una punzada de hambre.

Se incorporó y miró alrededor, con cautela.

No había nadie a la vista. Era a mediados de verano. Una tregua en la cosecha de heno. Los prados estaban desiertos, ondulados por un sol de plata.

Se levantó y se acercó a la yegua en silencio. Ella se asustó al principio, pero cada vez él repetía sus palabras sosegadas en gaélico, hablando con calma, y al cuarto intento de aproximación ella le dejó que la tocara, que enroscara en la crin los dedos y que le apoyara la mejilla contra el cuello, oliendo el calor depositado por el sol.

La condujo hasta el muro de piedra, lo escaló y le pasó una pierna por encima del lomo. Cuando él la tocó ligeramente con los talones, la yegua deambuló por la hierba y se detuvo para olfatear a una mariposa que revoloteaba entre las amapolas.

Recorrieron despacio el pequeño pasto. Cuando Fergus afirmó mejor los dedos en las crines y empujó con las rodillas, Sally inició un trote maravilloso.

Le costaba trabajo mantenerse sentado firmemente y empezó a brincar cada vez más arriba a cada paso. Al captar de reojo un atisbo de Carmichael parado en la verja, Fergus se desconcentró. Aflojó su asidero y salió despedido por detrás de la yegua, para aterrizar aturdido con las manos y rodillas en el duro suelo.

La yegua se sacudió, se detuvo, se encorvó para mordisquear. Al alzar la mirada, Fergus vio a Carmichael que cruzaba el campo en dirección hacia él. El granjero llevaba un viejo abrigo negro con faldones, botas embarradas y un sombrero de paja atado por debajo de la barbilla con un pedazo de cinta morada. Enarbolaba una vara de endrino.

Temiéndose una azotaina, Fergus se levantó a toda prisa y buscó alrededor una piedra para defenderse.

La yegua se frotó las pezuñas con la hierba.

–¡Las rodillas! –gritó el granjero–. ¡Hay que apretarla bien fuerte! ¡Tienes que usar las rodillas!

Tenía una cara parda, cincelada. Los labios inflexibles de los ingleses. Phoebe, su hija, tenía los mismos labios. Le gustaba mordérselos.

–Usa las manos con suavidad, pero mantén firmes las rodillas. Te llevará como una nube si llevas las manos blandas y las rodillas fuertes. –Escudriñó a Fergus–. Tú eres el chico de Mike O’Brien, ¿no? ¿El nieto de la buena Feeny?

Fergus asintió.

Se hizo un silencio sólo perturbado por el chisporroteo de unos zarapitos que aletearon súbitamente hacia el establo. Carmichael extendió la mano y aferró un puñado de crines. Sally le olió los bolsillos y el granjero dejó caer la vara al suelo.

–Ven a montarla.

Fergus titubeó, inseguro. Y al mismo tiempo furioso. Era imposible estar cerca de un granjero sin notar el brillo ancestral de una ira aburrida, tenebrosa.

–¡Vamos, chico! –El granjero entrelazó los dedos y dio un paso, insistiendo–. ¡Rápido ahora!

Más valía montar y ver al granjero desde arriba. Fergus plantó el pie en las manos de Carmichael y al instante fue izado hasta el lomo cálido de la yegua.

–Sujétala bien, chico. –Carmichael daba vueltas alrededor, mirándoles detenidamente–. Te sientas como un labrador. ¡Ponte derecho! ¡No te encorves!

Fergus soltó las crines y echó hacia atrás los hombros.

–No uses las manos –le instruyó el granjero–. Sólo las rodillas. Vamos. Al paso. Condúcela. Ya está. Ya está.

Durante media hora Fergus llevó a la yegua al paso y después al trote alrededor del pequeño campo, y Carmichael, entretanto, criticaba su monta y le gritaba instrucciones.

–Nota cómo se mueven sus músculos. Fíjate cómo resbalan,

cómo se sueldan. Nunca irás bien sentado si no conoces a tu caballo hasta los mismos huesos. Relájate y mantente suelto. Tus rodillas son tu voz para ella. Las manos vienen más tarde.

Esa tarde, cuando volvía a casa andando, cuatro jóvenes –uno de ellos primo suyo– le pararon en el camino. Antes de que se hubiesen asestado un solo golpe, mientras el primo aún seguía fraguando insultos y llamaba a la yegua de Carmichael *lamentable pellejo de cuero; saco de huesos de cabra; jamelgo de mierda*, Fergus bajó la cabeza y arremetió contra él con un cabezazo en el pecho que le derribó. Cogió un palo y ahuyentó a los otros hasta que el primo se levantó, rugiendo como un toro. Fergus tiró el palo y echó a correr. Le persiguieron, gritando como una jauría, y uno de ellos finalmente le dio un empujón tan brutal que lo dejó despatarrado en el suelo.

Tumbado de bruces, la nariz se le hundía en las hojas muertas y el primo le presionaba la región lumbar con la rodilla.

–Esa chica es una puta con huesos de cabra –le cuchicheó el primo al oído, al tiempo que le retorció el brazo–. Dilo, Fergus. Esa puerca de Phoebe, tu amor, no es más que una puta con huesos de cabra.

Pero él no lo dijo. No cedería nunca. Se tragaría el dolor.

El primo le torció el brazo otra pulgada y la articulación empezó a rechinar en el borde de su nicho.

Tragarse el dolor. Era como un alimento. Te mareabas.

Percibía la risa ronca de los jóvenes. La luz del sol atravesaba la fronda de los robles. Hojas mohosas le raspaban la ceja. Olía a turba.

Phoebe olería como agua fría o miel, o como turba negra. Cuando excavaban un banco de turba, sólo percibías la fragancia más fuerte y pura si te arrodillabas, arrimabas mucho la nariz y aspirabas. Él siempre se sentía impelido a hacerlo y el olor siempre le aturdía: le aplastaba el pecho, le sobresaltaba el corazón y lo sentía como un músculo en funcionamiento. Otros

cortadores de turba –hombres y chicos que hundían la pala con el pie, que continuamente rellenaban sus pipas– se reían de él arrodillado en el suelo, inhalando, extraviándose. Nadie más sentía aquella necesidad; o, de sentirla, la reprimían.

Él apenas oía las pullas. Parecían tan lejanas como los graznidos de los halcones en las tardes en que él estaba tumbado de espaldas en la parte agreste de un pasto montoso y escuchaba los comentarios de caza, los observaba flotando sobre almohadones de calor puro.

Phoebe Carmichael, pulcra y limpia.

Exhaló un suspiro y su primo debió de comprender que la situación no tenía salida, porque liberó el brazo del rehén, se levantó rápidamente y propinó a Fergus una fuerte patada en la cadera antes de marcharse monte arriba con sus compañeros.

Tres chicos descalzos aullando una canción rebelde.

Podías tragarte el dolor y salir con vida. Era un alimento silencioso. El dolor era comestible, y hasta encontrabas alivio. Lo comías sin prisa. Te asegurabas de degustar cada bocado. El dolor era comestible; no te mataba.

«MI AN OCRAIS»

A finales de verano, antes de que se recogieran las patatas nuevas, hubo *mi an ocraís*, el mes de hambre, cuando su padre volvió a casa para trabajar en la cosecha de Carmichael.

Era la única estación del año en que sus padres estaban juntos. Su madre tenía los ojos rojos y una expresión cansada en aquellos meses abrasadores, antes de que su hombre volviera a dejarla sola. Juntos bebían *poitin*,¹ que ella no probaba durante el resto del año. Todo el mundo en el monte estaba hambriento entonces: los dientes descarnados, los ojos brillantes en las caras quemadas por el sol.

Su madre y su padre se habían ido justo antes de que empezara la cosecha de Carmichael, y dejaron a Fergus para que alimentase a sus hermanas pequeñas con gachas de harina de maíz. Cuando volvieron, tres días después, supo por su aspecto, despellejados por el sol, por la hierba en el pelo y los rasguños en la cara de su padre, que habían estado errando, contratados, durmiendo en el suelo, bebiendo *poitin* y comiendo mantequilla y huevos de pájaros.

Su madre le sorprendió mirándola y debió de intuir su rabia y su confusión.

1. Whisky irlandés que se destilaba en una vasija pequeña (*pot*: de ahí el nombre *poitin*). (N. del T.)

—La vida quema mucho, Fergus. Demasiado.

Él le reprochó aquella premeditación, la capacidad que tenían sus padres de abandonar toda responsabilidad, incluidos sus hijos.

—Tú crees que soy un ladrón —le dijo Mícheál, su padre.

Estaban en el mejor trugal de Carmichael, *el campo rosa*, afilando las cuchillas. La gente del monte tenía nombre para cada rincón de la granja de Carmichael. Su lenguaje conocía aquella tierra como una abeja conoce una flor.

La madre de Fergus se empeñaba en que el campo rosa había estado una vez rojo de flores. Mícheál dijo: «Como la sangre.»

El campo rosa. El campo negro. El campo del altar. Los Carmichael no utilizaban los nombres, quizá ignoraban que existían.

Mícheál afilaba una cuchilla como nadie. La afilaba hasta convertirla en puro filo, un filo como una palabra dicha. Y cortaba y segaba más rápido y limpio que nadie en la granja.

—Eres un chico huraño. Me miras como si hubiera robado algo —dijo Mícheál, y para probar el afilador se recortó la uña de un pulgar y despegó la más fina película de tela.

No poseían nada; no, desde luego, las herramientas de la cosecha. Las cuchillas de hierro y los mangos de madera pertenecían al granjero, Carmichael.

Unas niñas correteaban como ratones por los rastros de trigo, recogiendo brazadas de tallos y colocándolos en gavillas verticales. Las mujeres las trasladaban con el biello a una carreta conducida por el hermano de Phoebe, Saul.

Mícheál era aún el peón más fuerte de la cosecha, pero Fergus le superaría con el tiempo. No aquel año. Al siguiente, quizá. Cotorreaban unos insectos mientras ellos faenaban sintiendo la mirada inmóvil del sol en la nuca. La fricción del polvo de cereal enrojecía las grietas en el hueco interior de los codos.

Cuando el granjero Carmichael salió a ver cómo avanzaba la

recolección, habló con Mícheál en inglés y Fergus sintió cómo le bañaba la arenilla de esta lengua, rasposa y estimulante; el idioma que brotaba de la boca de Phoebe. Como quería sentirse más cerca de ella, siguió adaptando sus pensamientos al inglés según subía y bajaba las hileras al lado de Mícheál y los otros, cortando y oscilando, una y otra vez, aunque ninguna palabra inglesa –o ninguna de las que él conocía– rimaban con aquel trabajo. No, la verdad.

Una vez terminada la cosecha, Mícheál volvería a dejarlos. Subiría hacia el norte, viajando con un grupo de constructores de graneros, de muros, hasta el Ulster y en ocasiones incluso hasta Escocia, y no regresaba hasta el agosto siguiente, cuando volvía a presentarse para la cosecha. Mícheál rara vez hablaba de su vida en el camino, pero Fergus se la imaginaba, en todo caso: establos nuevos y muros recientes. Ciudades de piedra y ríos de salmones. Campos feraces de caballos pastando.

Mícheál se marcharía dentro de una o dos semanas.

–No nos sirves –dijo Fergus cuando se detuvieron al final de otra hilera y estaban afilando de nuevo–. Nunca estás aquí. No puedo llamarte padre. No nos sirves de nada.

Mícheál meneó la cabeza.

–Qué granjero eres. Tienes demasiado apego a este terreno tuyo.

–Alguien debe tenerlo.

Su terreno.

Carmichael distribuía parcelas de patatales, según acuerdos anuales, y nadie recibía dos veces la misma parcela; pero Fergus siempre pensaba que el terreno era suyo. En cuanto terminaba su cosecha, la parcela le pertenecía y mataría o moriría por ella.

Podía cultivar suficientes patatas en unas diez áreas de surcos bien abonados para mantener durante todo el año a su madre y sus hermanas... casi.

En los últimos y calurosos meses del final del verano, inme-

diatamente antes de empezar la cosecha, tuvieron que sobrevivir con harina..., pero sus patatas proporcionaron al menos diez meses de nutrición perfecta. La única herramienta necesaria para cultivarlas era una pala para abrir los surcos y remover y picar la tierra un poco. Ni arado ni caballo. A su pesar, no podía mantener a un caballo con hierba del monte. El animal no lo soportaría, y un arado se destrozaría entre las piedras.

Cada primavera cavaba los surcos y plantaba la simiente. En verano brotaban tallos verdes y hermosas flores, como de vid. Alimentaban al cerdo con peladuras de patata y lo vendían para pagar el arriendo anual: nunca probaban la carne. Él, Fergus, consumía algo más de dos kilos de patatas diarias, al vapor, hervidas o en puré. A lo largo del invierno, su madre quizá guisara un *kitchen*, con sal y unos pocos arenques, pero en general eran patatas a secas, y él nunca se cansaba de comerlas.

Las patatas no se *hacían* ni se *cortaban*, como el heno o el trigo del granjero; se *recogían*, alegremente, la sorpresa del mundo.

«PHYTOPHTHORA INFESTANS»

La última noche de la cosecha de Carmichael, quemaron la paja y el granjero dio de cenar a la gente de las cabañas –jamón y mantequilla, pan de trigo y manzanas– en el lindero de su mejor prado, bajo los robles, con el viento resonando entre las ramas. Había oscurecido cuando los arrendatarios emprendieron el regreso al monte. Fergus iba delante de sus padres, que llevaban en brazos a las niñas dormidas. La noche era calurosa.

Habían rebasado el primer racimo de cabañas cuando percibió el hedor de putrefacción, física y salvaje, que bajaba por el sendero del monte con toda la violencia de una rueda de carro desgajada o de un borracho con una estaca.

–¿Qué es ese espantoso olor, Dios mío? –exclamó la madre–. ¡Han estado removiendo las tumbas!

A los niños sin bautizar los enterraban debajo de piedras para ponerlos a salvo de los perros. A veces los montones de piedras se desplazaban de un lado a otro demasiado pronto, y los muertos quedaban desprotegidos; pero aquello no era la causa del olor. Era demasiado intenso.

Hombres y mujeres le sobrepasaron a toda velocidad en el sendero, resoplando como ponis, pero Fergus se obligó a mantener el mismo ritmo.

Había habido una epidemia en la región el año antes, pero

restringida a tierras ribereñas. En el monte no la habían sufrido. Y su parcela, aquel año, era un buen terreno áspero, de piedra caliza, bien drenado, muy seguro. Al granjero Carmichael no le gustaba que la gente de las cabañas cultivara una parcela durante más de una estación, porque temía que se encariñasen con ella y olvidaran que era de él, no de ellos.

A través de la oscuridad, Fergus veía a gente que llegaba a su parcela, se arrodillaba y escarbaba el suelo con la punta de los dedos. Incapaz de contenerse más tiempo, rompió a correr seguido de Mícheál, que trotaba aullando de contento, con una de las niñas en brazos.

Al llegar a su terreno, Fergus vio de inmediato que las plantas, sanas y verdes aquella mañana, se habían marchitado y ennegrecido. Cayendo de rodillas, arrancó una y después otra y otra. Las patatas que se aferraban a las raíces estaban arrugadas y mojadas. Extrajo cada planta de la hilera y las patatas no eran más que pelotas de veneno violetas, y oía flotando en la negrura los gritos de los vecinos.

DERRUMBE

Diez semanas más tarde, su familia era la única que quedaba en el monte.

Todos los demás arrendatarios habían aceptado el finiquito que les ofreció el granjero Carmichael y habían ido a presentarse al asilo. O se habían ido a mendigar por los caminos. O intentaban las obras públicas: rompían piedras por seis peniques al día, vivían debajo de setos y salientes de roca, y en madrigueras excavadas en los arcones de los caminos. Estrechas y herbosas, aquellas lindes —*la larga pradera de Irlanda*— eran las únicas tierras del país, al parecer, que no pertenecían a un granjero u otro.

En cualquier caso, los vecinos y parientes habían desaparecido. Debilitados por el hambre y la fiebre negra, habían sido eliminados fácilmente, como virutas desprendidas de una mesa.

Estaban incendiando las cabañas abandonadas. El granjero y sus dos hijos —el moreno Abner y el pelirrojo Saul— prendían los tejados de paja y turba con antorchas grasientas y olorosas. Después derribaron una tras otra las paredes, utilizando un grueso ariete de madera con una punta de hierro. Las cabañas quedaron reducidas a escombros amontonados en montículos informes. Los hijos de Carmichael recogían algunos, los desnudaban, los limpiaban y arrumbaban para incorporarlos a la granja futura: muros nuevos, cimientos, chimeneas nuevas.

Fergus observó cómo los hermanos de Phoebe echaban abajo una docena de cabañas. A veces les ayudaba a cambio de comida. Un bollo de trigo con mantequilla untada. Un pedazo de cordero frío. Queso. Una manzana.

Lo llamaban *derrumbe*.

Sólo su padre, Mícheál, que toda su vida había estado viajando, se negó a dejar el monte. Carmichael subió en la yegua a la cabaña y le ofreció más dinero, pero Mícheál lo rechazó.

Sentado en un taburete delante de la cabaña, Fergus observó cómo el granjero montado sobre Sally se enfrentaba a Mícheál, apoyado en una vara.

—Mira, Mick, me estás poniendo realmente a prueba, te lo aseguro. No pienses que no sé lo que intentas con eso de moriros de hambre. Quieres explotar una conciencia cristiana haciendo que tu familia sufra sin necesidad.

—Sólo sé cómo son los caminos, patrón.

—No puedes quedarte aquí.

—No podemos marcharnos, patrón. Usted ya sabe lo que será de nosotros si nos vamos.

Mícheál decía *patrón* como si fuera algo que uno arroja junto con el agua sucia. Carmichael estaba erguido en su silla y Fergus vio atada torpemente en ella la escopeta anticuada, con su cañón de latón acampanado.

Había habido atentados en las otras fincas de la zona. Bandas de *whiteboys* habían atacado y golpeado a agentes de los hacendados.

Todos los Carmichael creían que la tierra les pertenecía. Fergus recordaba a Phoebe mucho tiempo atrás, cuando tenían ocho o nueve años —compañeros de juegos—, empeñada en que su padre tenía la granja después de haberla tenido su abuelo que a su vez la había recibido de su padre y éste del suyo, que la había defendido contra las tribus guerreras con la cara pintada, ganado salvaje, paganismo malvado.

No era la historia que él conocía, pero era una historia.

—¿Y qué es exactamente el paganismo malvado, Pheeb?

—Oh, hacen fechorías por ahí —había contestado con displi-
cencia la Phoebe de nueve años.

—¿Qué fechorías hacen?

A los dos les fascinaban los crímenes, la crueldad, los desas-
tres, los contratiempos, los monstruos de la naturaleza, las mal-
diciones, el mal de ojo, los cocineros envenenadores y todos los
aspectos de la maldad y la degeneración.

—Hacen cosas horribles. Te cortan la pilila y la ponen en es-
cabeche. Se preparan una sopa con tus orejas. Los curas cantan
como ovejas. Queman libros en la hoguera y usan las cenizas
como sal. Roban bebés. Todavía hay paganos vivos en las co-
linas.

—¿Sí?

—Oh, sí.

—Yo nunca los he visto.

—Tienes que saber mirar. Rebeldes y bandidos, *whiteboys*.
Viajantes. —Era la palabra que ella empleaba para los desconoci-
dos, aunque conocían casi a todo el mundo—. Chicos con las
manos manchadas de sangre.

Pilila había sido la palabra para polla que usaban en la épo-
ca en que eran pequeños; el de Fergus había sido frecuente
objeto de curiosidad. Y también el lenguaje, en aquel tiempo,
había sido muy emocionante; un ejercicio agotador; una red
lanzada para capturar lo que no sabías.

Los aparceros hablaban inglés en los cuidados campos a lo
largo del río, y por doquier allí discurría un buen camino. Los
mismos hombres y mujeres hablaban irlandés en el monte, en lo
agreste, o cuando manejaban ganado.

—No tienes derecho a quedarte. —Carmichael se sentaba
muy recto en la yegua; la espalda derecha, los tacones hacia de-
lante; su cara era un mapa pardo de impaciencia—. No me pon-
gas en un aprieto, Mick. He sido más que justo.

Mícheál se apoyó más fuerte en su vara.

—Aquí estamos y aquí nos quedaremos.

—Hay dragones en Portumna, ya sabes. Supongo que yo podría haber hecho que te capturasen y te condenaran por allanamiento. ¿Cómo se las arreglarían entonces tu mujer y tus hijos? No me hagas volver aquí, te lo advierto, Mick. Dos libras: es la última oferta que te hago, y se me eriza el pelo al pagarte tanto.

Mícheál meneó ligeramente la cabeza. Carmichael refunfunó de impaciencia e hizo girar a la yegua. Fergus observó la pericia con que el caballo y el jinete empezaban a bajar el monte.

—¿Qué dices tú, Fergus? —dijo Mícheál—. ¿Tiene razón tu padre?

—Dentro de poco no habrá nada para comer.

—Pero es igual en todas partes. Tu madre y las niñas no sobrevivirían en los caminos.

—Entonces quieres que nos quedemos. ¿Para qué?

—No puedo ceder ante ese tipo —dijo Mícheál—. No puedo. Quizá debería, pero no puedo. No me sale de dentro, eso es todo. Cuando me haya muerto haz lo que quieras.

AL BORDE DE LA TUMBA

Una semana después de la visita de Carmichael, Fergus despertó una mañana con un sabor amargo de hierro y sales en la lengua. Dormía en el desván con sus dos hermanas más pequeñas, que habían empezado a perder pelo de la cabeza, al mismo tiempo que les brotaba una piel negra –la piel del hambre– en la frente, las mejillas y el revés de las manos.

Era difícil conciliar el sueño y más difícil aún despertarse. Se sentía espeso y entumecido. Le costó un esfuerzo levantar los brazos para ponerse una camisa. Cuando salió fuera, el pis fue de un color amarillo mostaza y se volvió efervescente y espumoso antes de hundirse lentamente en la tierra. No había notado que se le cayese el pelo, quizá gracias a los bocados que se había ganado ayudando en el derrumbe a los hijos de Carmichael, pero ya no tenía fuerza para seguir demoliendo. De todos modos, el granjero había descubierto lo que hacían sus hijos y les había prohibido que diesen más comida.

No había nadie despierto cuando emprendió el descenso del monte con su perra. A perseguir tejones. Atravesando las ruinas de cabañas en aldehuélas. Montículos de escombros, el hedor a paja mohosa. ¿Dónde estaba ahora aquella gente?

Frito y salado, el tejón era sabroso. La noche había sido lluviosa, pero ahora el sol alumbraba el cielo. Olfateando los viejos

agujeros y madrigueras, la perra no encontró rastros, nada interesante. Bajaron la ladera y por fin llegaron al río, cuya orilla rastrearon un rato buscando otras guaridas y sin hallar ninguna. No sabía de nadie que hubiera comido nutria. Al final pasó la correa por el cuello a la perra y cruzó el prado de Carmichael para acercarse a la granja.

En los viejos tiempos, los perros de la casa –*weezers*, los llamaba Phoebe– salían corriendo al encuentro de desconocidos o aparceros que se aproximaban al patio. Con las lenguas rosas fuera, las pezuñas repicando en las piedras, ladraban y aullaban a los intrusos.

Carmichael se había deshecho de los mastines el año anterior, después de que uno hubiera atacado a Phoebe y la hubiese mordido en un talón.

Ella misma les había disparado cuando su padre le puso la escopeta en las manos.

Fergus se aproximó despacio y al atisbar por la verja no vio a Phoebe por ninguna parte, aunque la chimenea de la cocina humeaba. Soltó a la perra por el camino un rato mientras él volvía de nuevo en dirección a la granja. Esta vez, al pasar por la verja, ella atravesó corriendo el corral, con un cubo de acero en la mano.

Él no la llamó, no entró en el patio, pero ella le vio y se acercó. Con zapatillas en los pies ahora que era invierno. Pantuflas gruesas de cuero de vaca. Un delantal nuevo de lino.

–¿Querrás un poco de leche, Fergus?

–Sí.

–No la encontrarás más fresca.

–No, señorita.

Oficiaron su rito. Posando el cubo en los adoquines, ella sacó una taza del delantal y se la dio.

–¿No toma usted, señorita?

–No. Pero tú bebe.

El dulce sabor a nata de la leche de vaca.

–Gracias, señorita.

En vez de recuperar la taza, le miró de arriba abajo, con las manos en jarras.

–¿Tú crees que te trata bien?

–¿Quién?

–Mi padre, ¿quién iba a ser?

–Es un viejo sin remedio. Terco como una mula.

–Es lo que dice él de tu padre, más o menos.

–No es cierto.

Aunque quizá sí lo fuese. Pero la obstinación de su padre no llevaba a la gente a la muerte. O quizá sí.

–¿Qué será de ti? –preguntó ella.

Él movió la cabeza.

–Escúchame. Dos libras, Fergus, es más que justo. Más vale que las tomes y que te lleses a tu madre y a las niñas. Nunca has tenido tanto, ni de lejos. ¿Qué sacarás vendiendo al cerdo? Poca cosa, supongo. Coge el dinero y vete a Ennis o a Limerick, seguro que allí encuentras algo. Tu padre se pone al borde de la tumba para avergonzarnos, pero es él el que se avergüenza. Piensa en tu pobre madre y en las niñas. Sabes que te digo la verdad.

–No puedo irme.

–No digas eso. Claro que puedes. Tienes que irte. Tu padre se iba todos los años, ¿no?

–Siempre ha vuelto. Si nos marchamos ahora, no volveremos nunca.

–Creo que es mejor que aceptes el *shee* del finiquito –dijo ella despacio, empleando la antigua palabra privada para dinero–. Dile a tu padre que has tenido que hacerlo. No le sacaré más al mío, y si no se va...

–Al diablo el dinero. No es cuestión de dinero, nunca lo ha sido.

Phoebe le cogió de las manos la taza azul de porcelana y se agachó para recoger la lechera.

Phoebe Carmichael siempre había sido perfecta, por lo que

a él respectaba. Mente clara como un hacha pulida. Los dos, bebés en canastas depositados debajo de árboles que se mecían, a lo largo del prado. El viento soplaba entre la hierba alta con un sonido como de sábanas rasgadas.

Es curioso que te estés muriendo y no hayas estado nunca con una chica.

La observó alejarse y después volverse, huyendo de él por el corral pavimentado. Huía lentamente, arrastrando la lechera con las dos manos.

La vio desaparecer en la casa con ventanas de cristal y tejado de pizarra, brillante en la fresca humedad de la mañana.

Se volvió y emprendió el camino de regreso al monte. No parecía haber ningún otro sitio adonde ir. Se sentía extremadamente solo. Era como si Phoebe hubiera sido su último asidero en la vida. Más tarde, aquella mañana, en las laderas más altas, su perra hambrienta olfateó un rastro, corrió aullando y nunca más volvió a verla.

Comían gorriones, pájaros cantores. Su madre suplicó a su padre que se fueran, pero él no quería. Se había estado yendo toda la vida y ahora no quería.

Fergus no sabía exactamente por qué. Una sensación en la sangre. Quizá lo compartía. Quizá tuvieran algo en común, a fin de cuentas.

Terminaron lo que quedaba de trigo y sobrevivieron otras dos semanas a base de gachas, casi siempre de agua con hierbas silvestres y ortigas cocidas a fuego lento. Poco a poco perdieron la fuerza necesaria para poner trampas y capturar caza menor, y pasaban la mayor parte del día en la cama.

Carmichael se mantuvo a distancia. Fergus no bajó más a la granja ni vio a Phoebe. Tenía las fuerzas justas para atender el fuego y alimentarlo con paquetitos de turba. Su padre había dejado de hablar. Después su madre. Yacían acostados con los ojos vidriosos.

No vieron dragones. Las niñas maullaban como gatas en el jergón del desván. La paja del jergón estaba sucia y Fergus no tuvo fuerzas para cambiarla. Una tarde se pasó horas —o quizá fueron sólo unos momentos— observando a una araña que se acercaba y se alejaba del fuego.

Con un poco de agua, se tarda mucho tiempo en morir.
Al final fue fiebre negra. Tifus.

La primera señal fue un dolor de cabeza violento. Comprendió lo que significaba. Mientras aún fue posible pensar más o menos claramente, decidió sofocar el fuego con cuidado, para que durase todo lo posible. Si se apagaba no habría posibilidad de volver a encenderlo. Después subió al desván, se acostó en la paja, se durmió y soñó. Siempre podía evocar a Phoebe en sueños. En sueños aquella chica salía de sí misma con un entusiasmo profundo y virulento. Era el don que ella tenía.